

horas, regalándose con aquel Señor que tan abundantemente le daba á beber del caudaloso río de sus dulzuras. Dimanaban estas del corazón á los ojos con gran copia de lágrimas, y á lo exterior del rostro el fuego interior del pecho con tanta fuerza, que muchos le vieron inflamado y encendido que parecía querérsele salir el corazón. La meditación más frecuente cuando celebraba, era aquella incomparable pureza con que la Santísima Virgen recibía en su vientre virginal el Verbo de Dios humanado, procurando en cuanto sus fuerzas permitían imitar esta pureza para hacerse digno de recibir al mismo Dios Señor sacramentado. Era tanta la devoción que tenía á este regalado misterio, que si le fuera permitido le acompañara por las calles todas las veces que sale á los enfermos, y se dolía mucho de ver el poco acompañamiento que á veces le sigue. Trató, pues, con una persona hacendada de esta ciudad, que comprase cuatro esclavos ministrales para que acompañasen al Santísimo Sacramento con instrumentos músicos, pero viniendo esta persona á estado de pobreza y queriéndolos vender para salir de sus deudas, hizo nuevas diligencias y recabó de otra persona principal que se los comprase para el mismo fin. Con el continuo pensamiento que traía ocupado en su devoción con el Santísimo Sacramento, tenía notado con curiosidad que no hay hora del día ni de la noche que no se esté celebrando el sacrificio de la Misa en alguna parte del mundo, aunque en nuestro hemisferio sea de noche, y hallábase presente en el espíritu á todas las Misas que en aquella hora por todas las Provincias de católicos se dicen, por lo cual, si á deshora le preguntaban en qué estaba ocupado, solía responder: estoy oyendo las Misas que ahora se están diciendo en el mundo.

Efecto de esta cordial devoción fué la loable y santa costumbre que hasta hoy dura y se aumenta en la Iglesia de esta ciudad de México, de tener al Santísimo Sacramento descubierto todos los días de la Octava del Corpus, con grande adorno de altar, mucha cera, escogida música y suavísimos olores. Instituyó más el Padre: que cada día de la Octava comulgasen los estudiantes de una clase; y con luces en las manos, y con raro silencio y devoción orasen, remudándose por horas, sin que jamás faltase la oración con notable edificación de las personas que á esta celebridad asisten. Aquí era adonde este venerable Padre arrojaba llamas de devoción é inflamaba los corazones de los que le oían muchas veces estas palabras: «*Oh congregantes hijos de María, mi gran Señora, mirad ese Dios omnipotente y majestuoso, cómo tan al descubierto estos días nos honra con su presencia real y divina, y sale tan de gala que con su belleza y hermosura nos lleva y arrebatara los corazones! Considerad á este supremo Señor de cielo y tierra, á quien están asistiendo con profunda humildad y suma reverencia los más encumbrados serafines, con cuán humana benignidad y benigna clemencia os admite agrado de que le asistais! Sea ésta nuestra asistencia, competidora de la de los ángeles, y pues en ella hareis su oficio, la puridad y limpieza de vuestras almas sea también imitadora de la de los ángeles.*» Al pronunciar estas palabras se resolvía el devoto Padre en lágrimas, haciéndolas derramar en abundancia á los que con admiración le oían.

Además de la singular devoción que tuvo el Padre al Santísimo Sacramento, fué en especial señalado en la afición y amor de la Santi-

sima Virgen, llamábale su gran Señora y Madre con gran afecto y ternura; con no menos estudio y solicitud gastó muchos años en escoger de las obras de los santos y de las historias auténticas, los hechos y dichos de varones insignes en esta devoción que trataron de las excelencias de la Virgen. Obra es ésta de mucho estudio y diligencia, digna de que se manifieste al mundo y de andar impresa en las manos de todos los fieles, la cual dispuso el Padre por modo de diario, refiriendo en cada día del año, particular suceso que aconteció á algún devoto de esta Purísima Reina, á quien al entrar ó salir de su aposento saludaba siempre hincadas las rodillas, y cuando se hablaba de sus excelencias estaba descubierta la cabeza todo el tiempo que duraba la plática. Las suyas eran todas ordenadas á propagar el fuego de esta devoción en los corazones de todos los que trataba, en especial de los estudiantes Gramáticos, que como en blanda cera sin dificultad imprimía este afecto para con tan dulce y piadosa Madre. Para esto fundó en nuestros estudios la Congregación de la Anunciata, señalándose días en que á honra de esta Señora habían de confesar y comulgar, diligenciando el Padre por sí mismo que bajasen los Padres confesores con puntualidad á oír de penitencia á sus Congregantes, y para más promoverlos en esta devoción, dedicó con gran pompa y solemnidad un retablo en nuestra Iglesia, y en él una Imagen de Nuestra Señora del Pópulo, copia de las que pintó San Lucas, adornando en torno de este cuadro con muchas insignes reliquias en cuadros dorados, y guarniciones de plata y vidrieras cristalinas. Este retablo colocó en lo público de nuestra Iglesia, otro no menos hermoso de Nuestra Señora de Loreto, hizo poner en la capilla donde oyen Misa los estudiantes, para que en todas partes esta celestial Señora se ofreciese á los ojos de sus hijos y se estampase más vivamente en sus corazones; hacía el Padre componer á los más aventajados poetas epigramas, elegías y panegíricos en alabanza de la Virgen, en especial en sus días más festivos, para que consagrarse las primeras flores de sus gracias, á la que en su gracia les aseguraba sazonados frutos. A todos los quisiera ver muy hijos de tal Madre, y decíales muchas veces las palabras del Abad Guerrico, nacidas al propósito de sus deseos: *María cupit formare iterum Unigenitum suum in moribus filiorum adoptionis: qui etsi geniti sunt verbo veritatis, nihilominus parturit eos quotidie desiderio et cura pietatis.* Además del título de hijos adoptivos, pretendió obligar á sus congregantes á mayor asistencia y más forzosos servicios con el título de esclavos de esta divina Señora; y á este fin hizo imprimir y divulgar la carta de esclavitud, de que se reconocieron en todos maravillosos efectos de devoción. Parece que no vivía este santo Padre para otra cosa que para plantar, promover y perfeccionar la devoción de la Santísima Virgen en los corazones de todos. Además de haber procurado y solicitado renta estable para pagar los cantores, que con solemnidad cantan la Salve todos los domingos del año por la tarde en nuestra Casa Profesa, después de la plática á los congregantes; tomó esto tan á su cargo el Padre que todas las más tardes iba desde el Colegio hasta la Profesa á procurar que ninguno de los cantores hiciese falta, y que esta solemnidad no descaeciese un punto, y era cosa que admiraba que por tiempo de 20 ó más años, y siendo ya de mucha edad, sin que le impidiesen ni fríos ni calores que padecía, no aflojó en esta su devo-

ción de que las salves de la Santísima Virgen se cantasen con toda solemnidad, en orden á promover la devoción de la Reina del cielo.

## § V

*Enfermedad última*

*de que murió el P. Bernardino de Llanos, ejercicios de devoción en que se ocupaba y su dichosa muerte.*

Dábase por muy bien servida la Santísima Virgen de su devoto capellán que tanto hizo y trabajó por su honra, pagóselo muy bien en la última enfermedad que le duró 4 años, siendo el Padre á la sazón de 80, purificando cada día su alma con los heroicos actos de paciencia y otras virtudes que en este tiempo y en medio del mal con tantos dolores de perlesía que pasó quedó con tan rigurosos accidentes que puso en mucho cuidado á los médicos, y á los de casa en no menos temor. Quedó tullido y muerto todo el lado derecho y el izquierdo, tan débil que casi no se podía tener en pie, por lo cual fué forzoso estar en la cama, llevando con tan extraordinaria alegría los tormentos de su cuerpo, que pedía á los que le visitaban alcanzasen de Dios el aumento de sus dolores y que á este fin dijese algunas Misas, diciendo con gran ternura: todo esto es una pequeña astilla de la preciosa y amada cruz de mi Señor y Redentor.

El médico que le curaba, de los más eminentes en la facultad, que había sido discípulo del Padre, atendiendo á los raros accidentes de esta enfermedad y que según regla de medicina eran del todo incurables, conoció que no tanto procedían de las causas naturales, cuanto del exceso de su encendido amor para con Dios, y así le dijo una tarde (que le habló solo á su parecer, aunque no faltó quien lo oyese): «Padre mío, alcánceme vuestra Reverencia de Nuestro Señor me conceda siquiera una pequeña parte de esta enfermedad que padece, que para mí será eterna salud, y le prometo si me la alcanza con sus oraciones, de morirme luego de muy buena gana antes de la noche.» Todo esto le dijo el discreto y sabio médico hincado de rodillas, con tiernas lágrimas y con pleno conocimiento de que la enfermedad del santo Padre procedía en mucha parte del amor de Dios.

Sólo en ella le era pesado el no poder asistir presencialmente al santo sacrificio de la Misa, pero suplía la continua asistencia de su espíritu las ausencias del cuerpo, y aun estas no le permitió su fervor, dando traza para que en una silla movida sobre cuatro ruedas le pudiese llevar el muchacho que le servía, ya á la Iglesia y al coro, ya á la tribuna, desde donde cuidaba con gran viveza del ornato y culto del Santísimo Sacramento y de su Santísima Madre. Estábase lo más del día en fervorosa oración, y entregado en dulce y continua contemplación, ejercicios de amor de Dios.

Efectos eran de este amor en el Padre los graves sentimientos de verle ofendido, en especial cuando oía los sacrilegios y agravios de los herejes contra el Santísimo Sacramento del Altar, resolviéndose de hacer fervorosa oración y padecer todo lo posible por aplacar la ira

de Dios ofendido y agraviado. Tres cosas pedía á la divina Majestad por modo de memorial ó petición. La primera, la enmienda y perdón de los que actualmente estaban en pecado mortal; la segunda, la satisfacción y descanso de las ánimas del Purgatorio; la tercera, los desagravios del Santísimo Sacramento, y para asegurar el buen despacho de este memorial que presentaba, lo ponía en manos de la Santísima Virgen y de su castísimo Esposo San José, á quienes como á sus fidelísimos Patrones ofrecía cuanto de penoso y amargo padecía en esta última enfermedad, deseando que se le aumentasen los dolores por tener más que ofrecerles y nuevas ocasiones de mortificarse. Dábanle una purga y por falta de aliento no se animaba á beberla: acordóse uno de los circunstantes la hiel y vinagre que el Salvador probó en la cruz, y al punto cobrando nuevo esfuerzo con esta consideración se la echó á pechos como si fuera la más regalada bebida, y cuando no estaba tan enfermo la solía beber á sorbos, saboreándose en su amargura y endulzándola con la hiel y vinagre del Salvador. Otra vez en medio de sus desganos por tener postrado el apetito de comer, significó que comería de un guisado, pero después corrido de esto que le pareció poca mortificación, dijo al Hermano que le acudía y que iba á disponerlo y traérselo: «*Por amor de Dios que se deje y no se haga*, porque quiero ofrecer esa poquedad á la Virgen Santísima, que si yo estuviera sano me corría obligación de hacer alguna penitencia, la cual conmutó en esto poco y no se trate más de ello, fuera de que un religioso se ha de mortificar no solamente cuando sano, sino también cuando enfermo.» Por la misma razón si le traían algún guisado de que él gustaba, primero lo hacía poner delante de una Imagen de Nuestra Señora para que le echase su bendición, y en trayéndole el plato, apartaba el mejor y más sabroso bocado para ofrecerle á esta su gran Señora y Madre.

Con estos santos ejercicios estaba el P. Bernardino de Llanos esperando con alegría y sumo gozo el dichoso término de su vida, del cual pareció haber tenido noticia superior cinco días antes, haciendo en ellos extraordinarias diligencias, como él sabía que habían de ser las últimas que podía hacer; confesábase al día muchas veces, porque hasta entonces eran dos cada día, una al amanecer y otra antes de acostarse, y siempre de materias tan leves, que no hallaban los confesores sobre qué pudiera caer la absolución. Todo era en este tiempo anhelar la vida eterna, desear ver á Dios, reverenciar la sacrosanta humanidad de Cristo y gozar de la dulcísima memoria de la Reina de los ángeles su Madre y Señora. Pedía á los circunstantes que le ayudasen á agradecer á Nuestro Señor las infinitas mercedes que le había hecho; á otros en particular, que en su nombre visitasen la capilla de Nuestra Señora, y de su parte la saludasen con todo afecto de sus corazones. Finalmente, estando despierto y entero en el uso de sus sentidos, pidió con devoción y recibió con reverencia los Sacramentos del Viático y Extremaunción, regalándose con los nombres de Jesús, María y José. Comenzó á faltar la habla al pronunciar esta palabra: Madre, y acabósele de quitar cuando iba á decir María, y de allí á un rato espiró, siendo sin duda disposición del cielo, y premio de la devoción de la Virgen que tuvo este santo Padre, que la última palabra de su vida fuese el nombre de aquella Señora, por quien y en quien empezó para no acabar la eternidad de su gloria.

Acostumbraba siempre que se disponía á dormir, prevenirse con dulces coloquios á Dios y á los santos, en especial á la Virgen Santísima, y mientras se llegaba la hora del sueño, rezaba á Nuestra Señora una oración para antes de dormir, y otra para cuando estuviese dormido, á quien invocaba con estos nombres: *Madre y María*, estilo que también observó en este último sueño de la muerte; y así durmió en el Señor, dejando con la misma invocación de estos dos nombres el hablar y vivir vida mortal. Murió en el año de 1639 en 22 de Octubre, sábado, día de su descanso, dedicado á la Virgen, destinado á particulares obras de devoción y penitencia que ejerció el tiempo que vivió el P. Bernardino de Llanos. Y es digno de referir aquel concepto que de este devotísimo siervo é hijo de la Virgen hacía un Padre que fué muchos años Maestro en nuestros estudios de México, y comunicó mucho con él y fué testigo de sus devotas acciones, el cual con gracia decía: «cuando el P. Bernardino de Llanos muera y su alma lleve al cielo, en sabiéndolo la Virgen Santísima, mandará á los ángeles: abrid, abrid esas puertas y éntre acá mi Llanos.» Significando aquel Padre con ese modo el concepto que había hecho, lo uno, del afecto, voluntad y amor con que el P. Llanos se había dedicado todo al servicio y devoción de la Virgen, y lo otro, lo que juzgaba que esta Señora y Reina del cielo le amaba y estaba agradada y agradecida á los servicios de tan devoto siervo. Murió de 84 años de edad y de 60 de religión. Después de muerto quedó su cuerpo tratable y blando, y su rostro hermoso y apacible. Luego que se divulgó su muerte por la ciudad, acudió á nuestro Colegio gran número de gente noble y plebeya, todos á porfía pedían por reliquia alguna cosa del Padre, y los que no tuvieron la dicha de alcanzarla, tocaban los rosarios y medallas al venerable cuerpo. El día siguiente, que fué el del entierro, hubo en nuestra Iglesia mayor concurso y la misma contienda de devoción, á que se añadió la presencia de algunos señores Capitulares de esta santa Iglesia Metropolitana, que sin ser convidados, vinieron atraídos del amor y reverencia que al Padre tenían. Hizo el oficio de vigilia y Misa de cuerpo presente, una Dignidad con la capilla y música de la santa Iglesia, en señal de agradecimiento y de la mucha veneración en que tenían á este santo varón.

## § VI

*Noticias que se tuvieron de la grande virtud y merecimientos del P. Bernardino de Llanos.*

Algunos casos raros sucedieron en confirmación de la santidad de este religiosísimo Padre, devotísimo de la Reina del cielo, que si se pueden llamar milagros ó no, lo remitimos á quien de ello pueda juzgar. Y sea el primero el que manifiesta su singular y afectuosísima devoción para con la Santísima Virgen Madre de Dios. Vivió en el muy observante convento de San Diego de esta ciudad, que es de religiosos descalzos de San Francisco, un venerable varón que murió con fama de santo. Era devotísimo de la Virgen, y la materia de su continua oración eran las excelencias y prerrogativas de esta gran Se-

ñora. Estando un día en lo más fervoroso de su oración y sintiéndose con más que ordinario afecto de amarla, le vino un pensamiento si habría en la tierra otro que la amase y excediese en este amoroso afecto. Con la misma llaneza se lo preguntó á la misma Señora, que apareciéndosele ricamente adornada mostró debajo de su manto hincado de rodillas al P. Bernardino de Llanos, y señalándole con el dedo dijo al religioso descalzo: «Entre todos los que ahora viven en la tierra, éste es el que más me ama y en quien yo reconozco mayor amor y afecto, y conforme á él es mayor y más tierna la devoción con que me sirve, y para mí de mayor agrado.» Quedó admirado el santo religioso y con una santa envidia del que vió calificado de más firme amante de boca de la Santísima Virgen; y aunque reconoció que el que estaba de rodillas era de la Compañía de Jesús, pero no le conoció porque nunca le ha visto, por lo cual se adelantó á preguntar á esta benignísima Señora quién era aquel de quien tanto su Majestad se agradaba. Respondióle que aquel era su querido siervo el P. Bernardino de Llanos. Desde entonces quedó el religioso con deseo de conocerle y comunicarle, y por conseguir su intento dió cuenta de esta visión á un gran amigo suyo religioso del Carmen descalzo, persona de mucha prudencia y con quien solía comunicar las cosas de su espíritu. Este lo refirió á otros amigos suyos, uno de la Orden de San Agustín y otro de la de San Francisco.

Salió el P. Bernardino de Llanos de esta ciudad para nuestro Colegio de Tepotzotlán llevando consigo un Hermano estudiante, cerróseles la noche en un paraje cenagoso y lleno de zanjas que los labradores abren para guiar el agua á sus sementeras, iban á cada paso atollando y fuera de camino con evidente riesgo. Acudió el Padre á su común refugio rezando á su gran Señora y Madre las letanías. En esto se les puso delante un mancebo á caballo, que con alegre y sonora voz les dijo: Padres, siganme sin recelo que yo les guiaré; obedecieronle; y con ser la noche tan oscura, advertía el compañero que cuando llegaban á pasar algunos de los puentes muy estrechos sin saber cómo los pasaban, el mancebo les decía: de la otra banda, Padres, apéense que no podrán pasar á caballo; y era así, porque, de no ser á pie, era imposible. Habiéndoles guiado por todos estos malos pasos, les sacó sin peligro al camino real, y les dijo: ya no hay donde perderse, allí tienen vuestras Reverencias su casa, y despidiéndose de ellos, al volver la cara se desapareció sin que supiesen de él, ni por dónde enderezó su camino, atribuyendo este tan gran favor á la protección de la Santísima Virgen, á quien rindieron las gracias, y llegaron á Tepotzotlán sin riesgo ni trabajo alguno.

Debía el Padre trescientos pesos que pidió prestados, para costear los gastos de las fiestas que celebraba en honor de la Santísima Virgen; el acreedor instaba en que se los volviese porque estaba muy necesitado, no tenía el Padre al presente cómo pagarlos, y sentía mucho pedirlos para suplir esta cantidad. Encomendándose al glorioso Patriarca San José, y estando el día de este santo en el coro haciendo oración, entró en él una persona piadosa y rica para confesar con el Padre. Acabada la confesión dijo: «ahí tengo trescientos pesos que dar á vuestra Paternidad para que los emplee en honra de San José en lo que le pareciere.» Estando en esta plática, entró un criado del acreedor que venía por los trescientos pesos y el Padre le envió con aquel

caballero, y recibidos de su mano, se pagaron con toda esta puntualidad, quedando el Padre agradecidísimo de aquel caballero, pagado el acreedor y bien logradas las esperanzas en la devoción del glorioso Patriarca San José.

Otra persona igualmente piadosa, y no menos afecta al P. Bernardino de Llanos, viendo su mucha devoción para con la Santísima Virgen, determinó comprar una hacienda de campo y de ganado, para que de la renta de sus frutos se pagase la música de las Misas, letanías y otras fiestas extraordinarias en honra de esta santa Señora, y hacer donación de ella al Padre: acabada de hacer ésta, y celebrar el contrato, sin salir de la plaza, hizo otra compra muy cuantiosa en otros géneros, que en breve tiempo vendidos vino á ganar muchos millares de pesos, pagándole la Santísima Virgen el afecto con que había donado dicha hacienda para aumento de su culto y veneración, llamóse desde entonces la estancia de Nuestra Señora de Loreto, por ser dedicadas sus rentas para gloria de la Santísima Virgen. Nacióle una hija á una señora noble y muy devota del Padre, púsola este nombre mandando se llamase María, replicóle él que ya tenía otra hija del mismo nombre, el Padre instó entonces en su intento, y añadió que se había de morir presto aquella criatura, y que entonces tendría una María en la tierra y otra en el cielo. Como el Padre lo dijo así sucedió dentro de pocos días.

Estaba en esta ciudad gravemente enfermo uno de los oficiales reales, visitáronle dos de la Compañía, pidióles dijese de su parte al P. Bernardino de Llanos, que le encomendase á Nuestro Señor y á la Santísima Virgen, hízolo el Padre y envióle con un estudiante á decir se encomendase muy de veras á Dios y á la Virgen, el estudiante, por consolar al enfermo, añadió al recado, y que esperaba en la Santísima Virgen, que presto alcanzaría salud; consolóse grandemente el enfermo, y casi se daba los parabienes de la salud deseada. Súpolo el Padre, y dijo al estudiante: yo no te dije que dijeras que alcanzaría presto salud, sino que se encomendase muy de veras á Dios y á la Virgen, vuelve presto allá y da el recado como te lo dije; diólo el estudiante, entendiolo el enfermo, dispúsose para morir, y el día siguiente pasó de esta vida. Un insigne bienhechor de la Compañía cayó enfermo, súpolo el P. Bernardino, y dijo á su compañero: de ésta morirá nuestro bienhechor dentro de pocos días; llegó á estar casi bueno del todo y á tratar de levantarse, dijéronselo al Padre, y respondió con toda aseveración: no se ha de levantar de ésta. Fué tan cierto, que dentro de dos días murió.

Una señora murió en esta ciudad, la cual criaba á un huerfanito, trajéronselo al Padre para que lo bendijese, y díjole: anda vete al cielo, y vuelto al compañero, le dijo: presto, compañero, presto este niño en el cielo; y á la que tenía por madre, *ne malitia mutet intellectum eius*. Antes de una semana se cumplió con la muerte del niño, la profecía del Padre.

Un estudiante á quien el Padre amaba porque acudía con mucho afecto á cantar las letanías de la Virgen, cayó enfermo de un dolor tan agudo, que ni halló descanso ni remedio en la medicina. Acudió en la mayor viveza del dolor al santo P. Bernardino de Llanos, y hablando con él, como si le tuviera presente, dijo: «P. Bernardino de Llanos, interceded por mí á la Santísima Virgen, de quien sois tan

querido y regalado.» Al punto que dijo estas palabras, se quedó dormido cosa de un cuarto de hora, y luego que despertó, se halló del todo sano, y no le volvió más el dolor. Levantóse otro día á dar las gracias á la Santísima Virgen, y mostrarse agradecido á su intercesor, y díjole de parte de una hermana suya doncella y pobre, que la encomendase á la Virgen, para que por su mano le enviase remedio, para elegir estado en que más la pudiese servir. Hizo el Padre oración, y respondió que presto sería remediada en honra de la Santísima Virgen. No se pasó un mes, cuando un hombre poderoso, deseoso de hacer algún agradable servicio á la Reina de los ángeles, se inclinó á que por su cuenta entrara en un convento, dándole para el sustento del noviciado y después para el dote de la profesión.

Cuatro de los nuestros que hoy viven, deponen que estando afligidos y atormentados de agudos dolores, por la intercesión del P. Bernardino, no sólo sanaron por entonces, pero ni aun volvieron los antiguos achaques. Lo mismo testifican otras personas seglares y dignas, que siendo gravemente afligidas de dolores y enfermedades, y habiéndose aplicado parte de la ropa interior que el Padre usaba en vida, huyeron las enfermedades y dolores sin que volvieresen á atormentarles.

Acabaré con lo que advirtieron algunas personas del Colegio de México, y es, que habiendo en el aposento del Padre mientras duró su enfermedad, variedad de unguentos y medicamentos de botica, según el achaque requería, jamás se sintió mal olor, antes al contrario, una tan suave fragancia que parecía (como á la verdad lo era,) espirada del cielo, y tanto que entrando muchas veces á deshora de la noche el compañero del Padre, quedaba admirado del admirable olor que en el aposento había, y entendiendo que alguno por su devoción había quemado algunas pastillas, hecha toda diligencia halló que era sobrenatural la suavidad que sentía y premio adecuado en esta vida, al buen olor de perfección y santidad que siempre anheló de sí mismo, edificando á todos con raros ejemplos de heroicas virtudes. Finalmente, la muerte de este santo varón causó un general y tierno sentimiento en todos. En los de este Colegio por faltarles un raro ejemplo de todas virtudes y de singular edificación en la observancia religiosa, de fervor de espíritu y de continua oración. En los de toda la Provincia, por haber perdido un sujeto tan consumado en santidad, afabilidad y prudencia. En todos los de fuera, eclesiásticos y seglares, como interesados en sus acertados consejos, ejemplos y oraciones, en las cuales afianzaban sus buenos sucesos y la enmienda ó mejora de sus vidas.